

Viajes de Pietro della Valle

“el peregrino”

(1586 – 1652)

CARTA XIII desde ALEPO

I.13.17 – De la llegada a Alepo y otras curiosidades.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 6-09-2024
Número de páginas: 7
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE “EL PEREGRINO”

Primera parte

ALEPO



CARTA DECIMOTERCERA

15 de junio de 1616

I.13.17 – De la llegada a Alepo y otras curiosidades.



La fortaleza de Alepo. Fotografía de Gianfranco Gazzetti, tomada hacia el año 1900.

13ª CARTA desde Alepo

(15 de junio de 1616)

entrega I.13.17

De la llegada a Alepo y otras curiosidades.

En la entrega anterior, (I.13.16) el Señor della Valle, tras visitar las ciudades de Homs y Hama y atravesar el río Orontes, emprende junto a una caravana la ruta de Alepo. Próximo ya a la ciudad, decide detenerse en el caravasar de *Chan-tomàn*, a unas doce millas de Alepo.

I.13.16 “..., de modo que me quedé allí, enviando a mi pintor con el encargo de buscarme una mansión, y de que fuera de mi parte a presentar mis saludos al Señor Cónsul, diciéndole que yo le rogaba afectuosamente que no me enviara a nadie, porque debido a diversas consideraciones, yo no deseaba ser conocido en Alepo y, sobre todo, le rogué que no hablara con él acerca de mi persona, y que, una vez me hubiera conseguido una casa, me informara acerca del Señor Cónsul; de quién era, y de todo lo que pudiera saberse de él en particular.”

I.13.17 Mi pintor partió con este cometido, y por darle tiempo permanecí en *Chan-tomàn* hasta el viernes al mediodía, un 3 de junio, pero después de cenar emprendí la marcha, poco a poco, camino de Alepo, adonde llegué hacia las tres de la tarde. Allí encontré a mi hombre que me estaba esperando en la puerta de entrada a la ciudad con una persona del Consulado que yo había conocido en Constantinopla, y por quien me enteré de que este Cónsul no era el mismo que yo había visto anteriormente, sino otro, el Señor Pietro la Feure, destinado hacía poco a este puesto, y protegido del Señor Embajador [de Francia] en Constantinopla, noticia que recibí con alegría.

Envía por delante a algunos de sus criados para que le preparen un alojamiento.

Al parecer, el Señor Cónsul hacía tiempo que me estaba esperando, y después de que mi pintor le comentara que yo estaba al llegar, pretendía mandar a todo el mundo a recibirme con una hermosa cabalgata, porque a los cristianos de Alepo se les permite ir a caballo, y todos ellos tienen muy hermosas cabalgaduras; pero mi pintor consiguió disuadirle con mil y un ruegos, y además acordó que yo fuera a alojarme en las estancias que mi hombre me había preparado.

Tanto el Cónsul de Francia como el de Venecia quieren alojar al Señor della Valle en sus respectivas mansiones.

También me informaron de que hacía bastante tiempo que se estaba al tanto de mi llegada a Alepo, y que todo el mundo lo sabía, porque es cierto que yo me había demorado más de lo que planeado, y mucha gente, que había venido antes que yo procedente de El Cairo y de Jerusalén, había traído esas nuevas, y que en particular, el Cónsul de Venecia, el Signor Girolamo Foscarini, un gentilhomme de buena familia, al enterarse por el Señor Embajador de Francia y por el Bailo de Venecia en Constantinopla, ambos íntimos amigos míos, de mi venida a Alepo, me esperaba con impaciencia y

estaba empeñado en que me alojara en su mansión, y que a ese efecto me había preparado unos apartamentos, pretendiendo también que toda su gente saliera a recibirme en cuanto tuviera noticia de mi llegada, pero que gracias a las órdenes que yo había dado a mi hombre de que no dijera nada a nadie, el veneciano no estaba al corriente del momento en que yo entraría en Alepo.

Le ruegan de mil y una maneras que se aloje en sus casas.

Por una parte, me alegró conocer todos esos detalles, por el honor que estos Señores me hacían y la amistad que me profesaban, aunque por otra, estaba molesto porque habría deseado ser menos conocido en Alepo; pero al ver que todas mis precauciones habían sido inútiles, me escabullí discretamente y sin ruido, atravesando callejones tortuosos, hasta la casa que mi pintor me había preparado, y en donde, tras cambiarme de ropa, fui de inmediato a visitar al Señor Cónsul de Francia, y luego, al de Venecia, de los que he recibido extraordinarias muestras de amistad y afecto, y os aseguro que no fue fácil impedir que me alojaran en sus casas, sobre todo en la del de Venecia, que me instó de todas las maneras imaginables a que me quedara con él, y yo me defendí con tal cantidad de excusas y de invenciones, que conseguí marcharme con la promesa de visitarles todo el tiempo, algo que estoy haciendo, y de los que recibo un trato magnífico y siempre en buena compañía.

Así que ahora ese es el modo en el que paso la mayor parte del tiempo con estos Señores en Alepo. A esta ciudad, aunque para Turquía sea bastante bella, de las más grandes y famosas, yo no la encuentro demasiado interesante; solo su fortaleza me ha gustado bastante. Está situada en el centro de la ciudad, sobre una montaña de una altura considerable, y que debe su existencia no a la naturaleza, sino a la destreza y arte de quien la pudo fortificar de ese modo, dándole una forma redondeada y pareja. Es escarpada y de difícil acceso, como debe ser toda fortaleza, rodeada de un gran foso, casi todo lleno de agua de lluvia. Al castillo se accede por una única puerta, sobre un hermoso puente que atraviesa el foso, y que se extiende desde la parte baja de la ciudad hasta la cima de la montaña. Por lo demás, solo comentaros que hay muchos bazares, numerosas mezquitas, y las mismas cosas que se pueden encontrar generalmente en las grandes ciudades; pero no he visto nada digno de mención que merezca la pena describiros.

El gran comercio de Alepo.

Esta ciudad, entre otras cosas, es célebre por su intenso tráfico de mercancías; adonde, de un lado llegan todas las de Oriente con sus piedras preciosas, sus sedas, especias, tejidos..., y, del otro, todas las de Occidente, a saber: las de Francia, Venecia, Holanda e Inglaterra, con sus naves cargadas de piastras, que por aquí se hallan en gran cantidad, a la par que otras monedas que en los negocios y comercios que se hacen en la ciudad apenas si se cuentan, pues en Alepo solo se contentan con llenar las cajas y pesarlas, y puedo aseguraros que aquí no se hace un solo negocio o trato, sea de compra

o de venta, que baje de los cuarenta, cincuenta, ochenta o cien mil escudos, y que hacer tratos por menos de esas cantidades sería vergonzoso para ellos. Su mayor comercio es la seda que viene de Persia y de algunos otros lugares, a pesar de la guerra.

El Señor della Valle encuentra allí muchas de las cartas que le habían escrito.

Sabed que el primer día de mi llegada a Alepo lo pasé leyendo cartas: cuarentaitrés, que recibí de manos del Señor Cónsul de Venecia; entre ellas, de Italia y de Constantinopla, aparte de muchas otras que se quedaron allí. Podéis imaginar la satisfacción y gozo que me ha producido la lectura de esta correspondencia, ya que no había recibido ninguna desde hacía nueve meses. La que encontré, vuestra, junto con otras de la caravana de Nápoles, fechada el veintiséis de septiembre de 1615, me agradó mucho, y me colmó de alegría. Me parece que en ella respondíais, o creo recordar que os aseguraba no haber recibido carta vuestra, pretendiendo justificar vuestra negligencia en mandarme vuestras nuevas; aunque yo opino que no sería mucho pedir que sustrajerais una vez al mes, e incluso, un simple cuarto de hora, a vuestras serias ocupaciones para escribirme, y más sabiendo que yo recibo con gusto las observaciones que me hacéis, tal y como hizo Mercurio a Eneas, y que os prometo seguir las ciegamente. Espero que os persuada, con las noticias que pronto tendréis de que yo he jurado un divorcio eterno con los placeres de la vida, para dedicarme de nuevo y con agrado a mis loables y normales ocupaciones.

Contrata a un griego para que pase con él a Italia.

De todas las cosas [que me acontecieron], la que más enfado me produjo fue que el Señor Diego de Urrea abandonara Nápoles, porque, como ya os comenté, le había designado para ser mi Maestro y guía [en este viaje]; pero paciencia. Ante este imprevisto, hice todo lo posible por convencer al Padre Maronita de Damasco de que pasara conmigo a Italia, y tuve la gran suerte de que me diera su palabra de estar allí para cuando yo llegara. Por lo demás, aunque éste no comprenda aún bien el italiano, y le resulte difícil, siempre será de utilidad. En fin, que haré todo lo posible por llevar conmigo a personas cultas y que hablen una y otra lengua, porque sé por mi propia experiencia lo mucho que se adelanta de la mano de un buen Maestro.

Curiosidad del Señor della Valle por las plantas.

Durante el viaje casi me he volcado en la búsqueda de flores y plantas raras y nuevas; aunque ciertamente esa no es mi profesión, y además estoy casi seguro de no encontrarlas; eso sin mencionar que, como os he escrito en otras cartas, yo creo que todas se pueden hallar en Italia; de todos modos, no dejaré de llevar desde Constantinopla algunas de las más raras. En cuanto a las hierbas curativas, me he dedicado a buscar por todos los medios inimaginables, tanto aquí, como en El Cairo, el Amomo de los Ancianos, o la Rosa de Jerusalén, pero ya no se pueden encontrar, y entre los árabes reinan las mismas dudas y dificultades, que yo creo provienen de su ignorancia, y de

que en realidad carecen de estos remedios, además de la confusión creada por sus nombres diferentes, a causa de la diversidad de los idiomas. El *cinamomo*, conocido antiguamente como *dâr sini*, no es otra cosa que la *canela fina*, según opina un médico flamenco, un hombre excelente que he conocido aquí. Me parece que esta hierba también se encuentra en Italia. En cuanto al *costo*¹, imposible hallarlo, y los árabes ni siquiera lo conocen.

Desde El Cairo ya os había escrito que había encontrado momias, y que yo mismo había sacado algunas de las más antiguas de los sepulcros de Egipto. A mi regreso os las mostraré. En Alepo no se comercia con la pimienta, ni blanca, ni negra, ya que van por otra ruta. Los flamencos, que la reciben de las Indias, la traen aquí de sus propias casas. A El Cairo llega algo de pimienta, y recuerdo haber enviado un poco de la pimienta blanca a Italia, un saquito; además estoy casi seguro de que no estaba cocida, porque su grano se veía terso y brillante como el grano de la *canapuccia*, pero más grande y de distinto color.

Os informo también, pues no sé si ya os lo escribí desde El Cairo, que me han hablado de un  Galeno² en griego, que se encuentra en Valaquia, en manos de un gentilhomme. Esta noticia la he obtenido por medio de una persona de confianza. Hay allí un médico veneciano, uno de mis amigos, y casi estoy seguro de que, por su intermediación, o la de otra gente, y gracias al prestigio y autoridad del Señor Embajador, sea posible obtenerlo, y, bien el original, o una copia, no os faltará; aunque a estos lugares apartados llega poca correspondencia; pero en fin que, sea lo que Dios quiera, no será porque yo no ceje en que lo obtengamos, y cuando esté de regreso, os prometo introducirlos ante el Señor Embajador, para que pongáis en práctica vuestra pasión por estas materias. Estoy seguro de que recibiréis todos los testimonios de amistad y estima que podáis desear, ya que, en efecto, es el hombre más gentil que yo conozco, y que sobre todo honra a las personas de mérito y, como por un efecto de simpatía, cada cosa gusta de su semejante, vos no encontraréis en él más que amabilidad, y en caso de que desearais dedicarle alguna loa, recordad, si así os place, como creo haberos dicho en otra ocasión, que [el embajador] se llama Achille de Arlès³, Barón de Sansy. Es más, una vez, incluso, hice alusión a este nombre tan célebre con un epigrama, que

*Informa a su
amigo sobre
diversos asuntos.*

*El Señor della
Valle profesa
una gran
estima por el
Señor de Sansy.*

*El Señor della
Valle escribe
un epigrama
dedicado al
Señor de Sansy.*

¹ *Cost*, *costo*: Hierba de Santa María, incluida en la farmacopea de la medicina medieval para el "mal de piedra". Se cita *oli de cost*, *cost asari* y *cost amarch*. (<https://www.um.es/lexico-comercio-medieval/index.php/v/lexico/3621>). (8-12-2023).

² Se refiere a un manuscrito del médico Claudio Galeno Nikon de Pérgamo (129-Roma, c. 201/216), más conocido como Galeno; médico, cirujano y filósofo griego del Imperio romano, considerado uno de los más completos investigadores médicos de la Edad Antigua; sus puntos de vista dominaron la medicina europea a lo largo de más de mil años en campos como la anatomía, la fisiología, la patología, la farmacología y la neurología, así como la filosofía y la lógica. (<https://es.wikipedia.org/wiki/Galeno>)(8-12-2023).

³ En la edición francesa aparece como [Achille de Harlay](#), Barón de Sansy.

después abandoné, y que nunca llegaré a publicar, porque bien sé que no merece la pena al haber sido inspirado durante la noche, mientras estaba en el lecho y sin preocuparme después de su revisión, ni de terminarlo. En fin, que yo no soy un poeta, ni lo llegaré a ser, aunque lo intente. Así pues, reconozco que al haber tardado tanto tiempo en dedicar mis atenciones a las Musas, merezco que no me hayan agraciado con su inspiración, a causa de mi negligencia en rendirles elogios.



Próxima entrega: I.13.18 – Posdata y final de la CARTA 13, enviada desde Aleppo el 15 de junio de 1616.

